

RESEÑAS

Gustavo Vega Cánovas y Humberto Garza Elizondo (coords.), *El Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México: 50 años de investigación y docencia*, México, El Colegio de México, 2012.

Con motivo de su cincuenta aniversario, el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México publicó un libro dando cuenta de su propia historia. No se trata de un libro de historia convencional, en el que se relaten, siguiendo un orden cronológico, la evolución y acontecimientos del Centro desde su nacimiento, aunque algo hay de ello también. Se trata fundamentalmente de la conjunción de 44 testimonios personales que van desde los inicios hasta nuestros días.

Ahora bien, cinco de los 44 testimonios no son de egresados del Centro: Carlos Alba, Roque González Salazar, Maricarmen Pardo, Rafael Segovia y Mario Ojeda. Los 39 restantes son contribuciones de egresados, de gente que sufrió, gozó y se compenetró del “estilo” del Centro y sus valores, como estudiante. De aquí el valor fundamental del libro.

Los egresados de una institución académica son, en todo caso, quienes mejor expresan su espíritu y naturaleza y quienes representan en mayor medida el éxito de ella. Constituyen, además, su principal aportación a la sociedad.

Una o dos de las contribuciones fueron escritas más con pretensiones literarias que testimoniales. Sin embargo, no llegan a estropear la obra, que es en su conjunto eso, un testimonio histórico de sus egresados. Muchos de ellos fueron o siguen siendo profesores de la institución, de tiempo completo o de asignatura. El libro es pues, principalmente, resultado del esfuerzo de 39 egresados. Pertenecen a distintos programas docentes: Doctorado en Relaciones Internacionales; licenciaturas en Relaciones Internacionales,

Administración Pública y Política y Administración Pública; así como Maestría en Ciencia Política.

El libro es también producto del esfuerzo de Humberto Garza Elizondo, antiguo alumno, quien se echó a cuestras la difícil tarea de la compilación de estos testimonios. Fue coordinado por Gustavo Vega Cánovas y Humberto Garza Elizondo. Se compone de índice, presentación, introducción, dos partes, ocho capítulos y cuatro apéndices. Todo en 649 páginas.

Desde mi punto de vista la presentación sale sobrando. En cambio, en el capítulo iv, "...más allá de la docencia", se debió haber incluido, al lado de las secciones correspondientes a *Foro Internacional* y "Las tesis de los estudiantes", otra que diera noticia de los libros publicados por el Centro.

El testimonio de Roque González Salazar es más bien una selección de textos extraídos del libro sobre sus memorias, llevada a cabo por Garza Elizondo; el de Lourdes Aranda es el resultado de una entrevista que hace el propio Garza Elizondo a la subsecretaria de Relaciones Exteriores; y el de Ilán Bizberg, como ex director del Centro, es también, curiosamente, producto de una entrevista de Garza Elizondo.

Paso ahora a señalar ciertas omisiones y confusiones que encontré en el libro: Garza Elizondo olvida enmendar (p. 76) la confusión de fechas acerca del regreso al Colegio de los profesores que don Daniel había enviado a prepararse al extranjero. La segunda edición del libro de memorias de González Salazar contiene ya las enmiendas.

A Lorenzo Meyer le hago una aclaración: cuando Silvio Zavala sustituyó a Cosío Villegas en la presidencia de El Colegio de México (p. 105), no venía de ser director del Centro de Estudios Históricos del propio Colegio, sino embajador de México ante la UNESCO.

Respecto al testimonio de Ilán Bizberg (pp. 181 y 183), quiero decir que el Colegio tenía, por supuesto, un reglamento interno. El problema es que pocos lo conocían o leían. La mejor prueba de ello es que el propio Bizberg, como director del Centro, manda publicar una obra colectiva de sus profesores a una editorial comercial y no al Departamento de Publicaciones de El Colegio como el reglamento interno estipulaba.

Gustavo Vega (p. 223): El hecho de que los programas docentes del CEI hayan quedado en licenciaturas solamente se debe a que don Daniel, si bien por una parte creó el plan original como doctorado, por la otra impidió que los profesores que envió a prepararse al extranjero se doctoraran.

Jonathan Elías Álvarez Alzua sugiere al Colegio (p. 387) abrir nuevos campus, como lo ha hecho el CIDE en Aguascalientes. Es obvio que no sabe de la existencia del sistema de colegios, que son: Frontera Norte, Frontera Sur, Jalisco, de México, Mexiquense, Michoacán, San Luis y Sonora.

Lourdes Aranda, en la página 418, dice: “teníamos problemas muy serios en la educación superior, huelgas frecuentes en las universidades públicas, el surgimiento de movimientos sindicales independientes”. Le recuerdo a Lourdes que no porque algunos sindicatos se autodenominen “independientes” lo son realmente. Podrán serlo respecto del gobierno, pero no de algún partido político. Víctor Kerber, compañero suyo de generación, en su propia contribución dice: “Cuando el susodicho sindicato paralizó la institución con banderas de huelga y desplegados en los periódicos, la cosa se puso peor; varios de nosotros optamos por expresarle nuestras simpatías hasta que percibimos que un partido de corte trotskista era el verdadero manipulador del movimiento” (p. 460).

Luis Herrera Lasso, por su parte, refiere (p. 447) que en una ocasión su grupo decidió no presentar un examen dado el volumen de lecturas asignadas que había aumentado notablemente por la inclusión de una quinta materia. El profesor del curso turnó el asunto al director del Centro, que era Rafael Segovia. Días después, al regreso de un viaje, apareció Segovia, quien en tres minutos les dijo que si no les gustaba el sistema del Colegio en ese mismo momento se cerraría la licenciatura y los mandaría a su casa. Y comenta Herrera Lasso: “No dejó espacio alguno para la queja o la negociación [...] con todas sus virtudes, el Colmex no estaba exento de los rebotes del autoritarismo mexicano, tan bien estudiado y criticado por don Daniel Cosío Villegas, uno de los iconos de la institución”. Debo aclarar a Herrera-Lasso que si bien Cosío Villegas repudiaba el autoritarismo del gobierno mexicano, nunca lo hizo respecto al de las instituciones académicas.

En este mismo libro Lorenzo Meyer relata (p. 102) que ante una situación similar su generación entera decidió consultar a don Daniel. Reunidos en el auditorio uno de ellos fue en su busca y accedió a bajar. El vocero designado le dijo: “Don Daniel, queremos saber qué peso tiene la opinión de los estudiantes en las decisiones que se toman en esta institución”. Don Daniel, que aún no había tomado asiento, los miró y respondió “ninguno”.

Ahora bien, ¿qué es lo que los propios egresados opinan de su centro de estudios? Veamos:

Soledad Loaeza dice: (p. 111) “he tratado de encontrar una comparación que me ayude a describir el Centro [...] Pienso en una más o menos obvia, el monasterio, pero igual podríamos estar hablando de una casa de huéspedes: un universo cerrado, habitado por una pequeña comunidad, cuyos miembros comparten un horario y un espacio que resulta siempre demasiado estrecho. Aquí los silencios son tan reveladores como las palabras, y el tiempo corre lento. Pero tras estas apariencias, se multiplican las experiencias intelectuales y emotivas con las que se construyen la vida y las instituciones”.

Celia Toro (p. 198): “A mí me parecía que la ‘democratización’ de El Colegio traería más problemas de los que resolvería. Una comunidad tan pequeña, en la que se convive de manera cotidiana, se vería dividida en grupos, una y otra vez, de manera irremediable”.

Lourdes Aranda (p. 421): “sin la educación que me brindó El Colegio probablemente no podría ser lo que soy ni estar en donde estoy; yo creo que, además, todos los que hemos egresado del CEI deberíamos retribuir en diferentes maneras al Colegio; por eso en la medida de mis posibilidades, cada vez que hay compañías de recaudación de fondos yo procuro contribuir”.

Roberta Lajous (p. 428): “Uno de los aspectos más enriquecedores que tuvo mi paso por El Colegio fue tener modelos de figuras femeninas que me dejaron una importante huella: Blanca Torres, Josefina Zoraida Vázquez, Rosario Green y Olga Pellicer; además de habernos impartido rigurosos cursos han sido mis modelos de vida profesional”.

Luis Herrera-Lasso (p. 442): “Encontré que era una escuela diferente, nada que ver con la UNAM, pues por el alcance de sus áreas de conocimiento y programas, en estricto sentido no era una universidad. Sin embargo, había rigor en los programas y en la calidad de los maestros, y las condiciones de trabajo, sobre todo cuando nos cambiamos a las instalaciones del Ajusco en 1977, eran óptimas. También pude constatar que era una escuela muy selectiva, pero que, raro en México, no había recomendados. El examen de admisión era riguroso. Era una escuela de primer mundo en un país del tercer mundo. Nunca encontré *lo especial*, pero desde el principio me quedó claro que era un privilegio, como mexicano, poder ingresar a una institución con tales características”.

Guillermo Cejudo (p. 493): “Ser estudiante en el Colegio significaba leer mucho, gastar una fortuna en fotocopias y discutir hasta el cansancio sobre nuestras lecturas; vivir periódicamente las probabilidades de ser ‘condicionado’ o expulsado, o las perspectiva de quien obtendría la cotizada beca Pemex [...] y asistir a todas las presentaciones de libro del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) para tomar vino y canapés. Pasábamos muchas horas en la biblioteca y pretendíamos disfrutar los alimentos que nos daban en el comedor (por un peso con ochenta centavos no podíamos exigir mucho). Todo ello entre exámenes y trabajos semestrales que mantenían al máximo nuestros niveles de estrés, aderezado con actos inolvidables en la Sala Alfonso Reyes”.

Mauricio Dussauge (p. 500): “A la alegría de haber sido seleccionado para estudiar en una institución de ‘élite’ (algo que hasta la fecha me llena, por supuesto, de orgullo), en no pocas ocasiones se sumaron momentos de agobio, angustia y casi depresión tanto por la cantidad de lecturas y seminarios por escribir, como por la sensación de estarme perdiendo cosas y experiencias que mis amigos de la preparatoria podían hacer en sus universidades”.

Javier González Gómez (pp. 516 y 517): “Los beneficiados de esa excelente formación totalmente laica, pública, gratuita, libre y estimulante tenemos nombre y apellido [...] En El Colegio, uno aprende a exigirse objetividad analítica, a tomar distancia de los problemas sociales, a desvelar prejuicios y a conducirse siempre en la búsqueda del bien común”.

Claudia Maldonado (p. 530): “La siguiente ocasión ya fue todo festejo –¡me habían admitido!–. ¿Incredulidad: ¡no había colegiatura y además nos pagaban por estudiar! No lo creía entonces y, por todo lo que pasó después, todavía no lo creo. [...] Cuatro años contagiados del virus, tan colmea, que nos hace insufribles para los interlocutores externos”.

Javier Treviño (p. 551): “Llegué al concurso de admisión preparado sólo con la carta de recomendación que me escribió mi profesor de literatura, Federico Ling Altamirano. ‘A ese lugar es difícil entrar, y más difícil salir’, me advirtió. Y tenía razón”.

Yuna Blajer (p. 579): “Muy recientemente terminé mis estudios de maestría en el extranjero. Fue una experiencia enriquecedora en muchos aspectos, especialmente porque me permitió poner en perspectiva la educación que recibí en el Centro de Estudios Internacionales y darme cuenta de que pocos programas forman a sus estudiantes con tanto cuidado como el CEI”.

Gonzalo Almeyda (p. 591): “Como parte de mi preparación para el examen de ingreso, estudié con gran interés la historia de la institución y mi inclinación inicial se convirtió en una convicción firme, revestida de profundo respeto por la dignidad y la importancia histórica que ha tenido El Colegio en la construcción del México contemporáneo. [...] ante la efervescencia del panorama político todas nuestras discusiones se condujeron siempre en un clima de respeto y tolerancia, en ocasiones incluso mediadas por nuestros profesores [...] Pero más allá de las valoraciones personales considero de gran relevancia ratificar que nuestra formación en El Colegio de México nos coloca en condiciones de paridad con los estudiantes de las mejores universidades del mundo”.

Salvador Ayala (p. 599): “Algunos lo niegan, otros lo exageran, pero todos los estudiantes de las licenciaturas del Centro de Estudios Internacionales compartimos cierta actitud, una rara mezcla entre amistad y rivalidad, entre pedantería e inseguridad [p. 603:] La estrecha relación entre alumnos y profesores es fundamental para el proyecto docente del CEI. Confieso que a veces me incomodaba la constante tutoría del Centro sobre nosotros [...] Sin embargo ahora entiendo que la cercanía es fundamental [p. 604:] Algunos prefieren renunciar a medio camino porque creen que

han comprometido demasiado su libertad. Sin embargo, nunca dudé que el beneficio era mayor [p. 604:] Cuando una de mis profesoras de la preparatoria me entregó su carta de recomendación [...] me dijo irónicamente: ‘estoy segura que pronto usará calcetines con rombitos, camisa y suéter con cuello en ve’. Durante varios semestres creí ingenuamente que evitando usar calcetines con rombos, mi espíritu se mantendría libre y diferente. Estaba ciego. Mientras luchaba contra los calcetines con rombos ya era parte de El Colegio”.

Jaime Hernández (p. 617): “A partir del tercero logramos consolidar la amistad de grupo y, por qué no, la complicidad, según la cual en algunas clases organizábamos la participación de manera que el profesor no se diera cuenta de que había algunos que no habían hecho las lecturas”.

César Martínez (p. 606): “Estudiar en las aulas de El Colegio, dialogar en sus pasillos y revolver los estantes de la Biblioteca Daniel Cosío Villegas nos han representado la posibilidad de desarrollar una forma especial de ver el mundo, conocer nuestro país y canalizar nuestros intereses profesionales [p. 615:] desde aquel día en el examen de admisión hasta este momento, he estado convencido de que un lugar tan privilegiado como el que disfrutamos debe ganarse día a día, con ideas, argumentos, compromiso y responsabilidad”.

Esta rápida revista de lo que los egresados opinan de su experiencia en el Centro muestra que, por el lado negativo tienden a destacar la carga de trabajo y el autoritarismo. Después vienen la competencia entre los alumnos, la vigilancia constante y el ambiente de pedantería. Por el lado positivo, destacan, en primer lugar, el alto nivel de capacitación profesional y cultura en general que obtienen. Después siguen el profesorado, la biblioteca, las instalaciones y la beca. Al final viene una muy importante: el sentido de pertenencia, el orgullo de ser colmea.

Mario Ojeda Gómez

Luz María de la Mora Sánchez, *Apertura con reciprocidad. Cómo reinsertar a México en la economía global*, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2012, 216 pp. (Serie Coyuntura y Ensayos).

El libro *Apertura con reciprocidad. Cómo reinsertar a México en la economía global* es el producto de una investigación original, de gran relevancia en el debate actual que se ha generado a nivel nacional acerca de cómo recuperar la competitividad de la economía y de cómo beneficiarnos mayormente de nuestra inserción a la economía internacional.

El texto se propone explicar: *a)* cuáles fueron las razones que llevaron al gobierno mexicano en el año 2003 a abandonar la política activa de negociaciones de tratados de libre comercio que había venido llevando a cabo desde principios de la década de 1990; y *b)* las implicaciones que tuvieron el abandono de esa política activa de negociaciones internacionales y la adopción de una política unilateral de apertura de la economía mexicana desde el año de 2003. La tesis principal es que por diversas y válidas razones el sector privado mexicano se ha opuesto desde 2003 a la negociación de tratados de libre comercio forzando al gobierno federal a imponer una moratoria a las negociaciones de una serie de importantes tratados de libre comercio (TLC) que se venían llevando a cabo con diversos países. Sin embargo, a la vez, el gobierno con el ánimo de no abandonar la política de apertura de la economía y de promover las exportaciones, ha implantado una fuerte y profunda política de apertura unilateral de la economía en particular del sector industrial lo que ha propiciado por un lado una creciente pérdida de participación de las exportaciones mexicanas en el comercio internacional y por el otro un mayor deterioro de la competitividad de la economía mexicana que venía expresándose desde hace ya varios años. Según la autora, estas políticas contradictorias nos han colocado en el peor de los mundos posibles, pues con la apertura unilateral nos convertimos en una de las economías más abiertas del mundo en desarrollo, pero por el otro no contamos con el beneficio de la reciprocidad de acceso a los mercados de los países que tienen plena libertad para acceder al mercado mexicano.

En virtud de lo anterior y para superar esta situación, De la Mora recomienda emprender una serie de nuevas políticas tanto hacia el exterior como en el ámbito interno. En el caso del ámbito internacional, recomienda nuevas negociaciones comerciales internacionales, particularmente de TLC, pero ya no con países como Estados Unidos o los europeos, los cuales se encuentran en crisis, sino con aquellos países que en la nueva coyuntura internacional tienen más potencial de crecer y de absorber nuestras exportaciones, como son las economías emergentes de Asia y de la Cuenca del Pacífico así como los países latinoamericanos y africanos. En el ámbito doméstico, la autora recomienda una serie de políticas de fomento al sector productivo nacional en los sectores del transporte carretero e intermodal, la logística y nuevas políticas industriales que den prioridad a la innovación, la sofisticación en los negocios y el conocimiento.

El libro además presenta información original, pertinente y rica sobre diversos ámbitos de la política comercial internacional de México, destaca importantes fallas y deficiencias de la política económica mexicana hacia el sector servicios y muestra en forma fundamentada y convincente el valor que tendría la negociación de acuerdos comerciales con diversos países y la adopción de diversas políticas de apoyo al sector productivo nacional para permitirle recuperar la competitividad propiciándose un mayor crecimiento económico. Para alcanzar lo anterior, la autora recopiló e interpretó con base en técnicas cuantitativas y cualitativas de análisis información relevante y pertinente de numerosas fuentes primarias y secundarias.

A fin de demostrar su tesis principal, De la Mora divide su manuscrito en una introducción, cuatro capítulos y una sección de conclusiones.

La introducción posee la gran virtud de que en unas cuantas páginas de la 13 a la 26 la autora resume con gran claridad cuáles son los propósitos del libro, las premisas que guiaron la investigación y cuáles son las principales conclusiones a las que llegó en la misma y qué tipos de políticas deben de adoptarse para que nuestro país supere los principales obstáculos que están impidiendo un mayor crecimiento económico.

En el capítulo primero destaca cómo el abandono de la política de negociaciones de TLC en 2003 tiene que ver con una oposición férrea que se ha generado dentro del sector privado mexicano a la negociación de más TLC, por distintas razones. En algunos casos se arguye que dada la concentración de nuestro comercio con Estados Unidos no tiene caso negociar más acuerdos, y la prueba de ello según argumentan otros es que los distintos TLC que se han negociado han servido para poco o no se han aprovechado. Otros fundamentan su oposición con el argumento de que antes de seguir con más TLC es necesario elevar la competitividad de la economía e incrementar la oferta exportable; y los más pesimistas arguyen que la apertura no ha beneficiado a la industria nacional ni al campo mexicano, por lo que no tiene caso seguir negociando acuerdos comerciales.

Luz María de la Mora pone a prueba y analiza cada uno de estos argumentos y muestra que algunos en alguna medida son válidos (falta de competitividad y de oferta exportable), pero no necesariamente por las razones aducidas por el sector privado, y que otros, de acuerdo con la evidencia estadística, son claramente falsos. Con todo, aprovechando este debate y críticas del sector privado, la autora destaca cuál es en el fondo el problema que nos aqueja en conjunto: la falta de sintonía en el modelo de desarrollo que estamos siguiendo entre la dimensión externa que funciona y marcha bien y la dimensión interna caracterizada por el anquilosamiento y la poca articulación o la falta de una política industrial que le ofrezca apoyos y rumbo.

En el capítulo 2 se ofrece un análisis muy bien logrado de las motivaciones, objetivos y fórmulas con que se ha implantado a partir de 2006 una política de apertura unilateral de las importaciones en el sector industrial y una serie de medidas de facilitación comercial a fin de agilizar la importación temporal de insumos que se incorporan a las exportaciones. Se demuestra que fueron guiadas por la idea de fortalecer la competitividad del sector exportador, pero que en realidad no han sido suficientes para recuperar y mucho menos aumentar nuestra participación en el comercio internacional que ha venido cayendo desde la década pasada. Merece resaltarse cómo esta discusión se encuadra en un análisis histórico

de las políticas de apertura unilateral a las importaciones desde la década de 1980, con que se revela que las nuevas políticas han sido más profundas y radicales y nos han convertido en el país en desarrollo con mayor nivel de apertura, incluso superando a Chile, pero que pese a ello no se han logrado los objetivos proclamados. Esta conclusión principal permite a Luz María de la Mora poner los fundamentos para hacer las propuestas que se ofrecen en el capítulo 3.

En el capítulo 3 se propone una serie de negociaciones de nuevos TLC con los países que en la nueva coyuntura internacional tienen más potencial de crecer y de absorber nuestras exportaciones, como son las economías emergentes de Asia y de la Cuenca del Pacífico, así como los países latinoamericanos y africanos. Las premisas fundamentales de este capítulo son que estas negociaciones se justifican y se nos imponen por la nueva coyuntura internacional en las que ante el agotamiento de las negociaciones multilaterales en la OMC y la consecuente proliferación de TLC a nivel mundial, nuestro país se está quedando rezagado a la vez que no estamos obteniendo reciprocidad de parte de todos los países a los que damos acceso libre y unilateral. Otro supuesto fundamental es que estas negociaciones son cruciales para asegurar la protección a nuestros inversionistas nacionales, quienes en los últimos años se han vuelto muy activos en los mercados externos. Estas tesis y argumentos se demuestran ampliamente con datos y evidencia empírica dando gran solidez y soporte a las propuestas y recomendaciones.

Sin embargo, pese a que el argumento central de este capítulo está bien demostrado y es convincente, un cuestionamiento importante que podría hacerse es que no queda claro por qué nuestro país debe privilegiar las negociaciones con los países mencionados en el capítulo y dejar de lado o abandonar el intento de avanzar en la liberación del comercio en la región de América del Norte en la que se concentra 84% de nuestras exportaciones. Aunque en el caso de Estados Unidos se señalan los hechos de nuestra vulnerabilidad ante las crisis de su economía y la excesiva concentración de nuestro comercio como razones fundamentales para buscar nuevos mercados, esta dependencia no es aplicable a Canadá, país al que en conjunto exportamos más que al mayor número

de los países latinoamericanos. Además, regresando a Estados Unidos, es un hecho que, como lo demuestra la mayoría de los estudios que utilizan metodologías de paneles, son la propia proximidad geográfica junto con la tradicional vocación de exportación hacia ese país de gran parte del empresariado nacional las que harán muy difícil que este mercado no siga siendo nuestro principal socio comercial. Si es así, ¿hay alguna agenda que promover con estos países en el nuevo esquema de cosas? En un libro que se propone señalar nuevos derroteros, hubiera sido importante sugerir algo. La verdad incluso es que lo mismo podría argumentarse sobre la Unión Europea que pese a su crisis sigue siendo una de las fuentes principales de inversión extranjera y uno de los mercados importantes para nuestras exportaciones. Entiendo que la autora se propuso en su libro destacar por qué y cómo lograr la diversificación, pero entonces al menos hubiera sido importante examinar las potenciales fórmulas para incrementar nuestro comercio con Canadá, que es uno de nuestros mercados más importantes.

Dijimos antes que una de las tesis centrales del manuscrito es que a fin de que el país recupere una senda de crecimiento económico fuerte y sólido, es necesario que reinicie una política activa de negociación de acuerdos comerciales, pero también que imponga nuevas políticas domésticas para recuperar la competitividad, ya que la apertura unilateral a las importaciones no sólo ha demostrado ser insuficiente sino que ha agudizado los problemas. En el capítulo 4, el manuscrito precisamente se aboca a identificar cuáles son los factores centrales que explican la pérdida de competitividad de la economía mexicana y cuáles son las políticas que deberían adoptarse para recuperarla.

El capítulo inicia señalando de manera muy bien fundamentada que los problemas centrales que explican la falta de competitividad y la carencia de mayor participación en los mercados internacionales tienen que ver con una serie de obstáculos internos, como son la falta de financiamiento competitivo, en particular de la banca privada que se ha concentrado en el otorgamiento de crédito al consumo a costa de una reducción del crédito a la producción y a la promoción de exportaciones. Destaca también la limitada oferta gubernamental de créditos a la exportación

pese a que a nivel internacional es una práctica común. Pasa a demostrar, con todo, que el problema fundamental de la pérdida creciente de competitividad tiene que ver con las condiciones en que opera el sector servicios en México, caracterizado por monopolios tanto públicos como privados que se han constituido en un lastre para la economía. En el manuscrito se citan diversas fuentes como la CFC y la OCDE que en diversos estudios han propuesto las reformas que serían necesarias para facilitar la operación con base en reglas de mercado de sectores como las telecomunicaciones, los servicios financieros, energía y transportes, las cuales junto con una mayor participación de inversión privada, nacional y extranjera podrían facilitar tasas de crecimiento para la economía en su conjunto de 5 o 6 puntos porcentuales. También se destacan las debilidades de los órganos regulatorios tales como la Cofetel, CRE o la CFC, y la necesidad de fortalecerlas para cumplir con su rol de promover mayor eficiencia y competitividad.

El libro además destaca cómo los altos costos que se tienen que cubrir por los servicios, en especial los de infraestructura, han agudizado las grandes disparidades regionales en términos de desarrollo y competitividad y en la capacidad de las 32 entidades federativas para aprovechar las oportunidades del comercio internacional, señalando que sólo diez de los estados concentran 75% del potencial exportable. Lo anterior lleva a Luz María de la Mora a proponer el desarrollo de transporte y logística para vincular a las regiones desconectadas a las corrientes de comercio internacional; en particular recomienda fortalecer el transporte intermodal que se basa ante todo en una mayor cooperación entre todos los modos de transporte que permitan reducir los costos de productos entre dos mercados. También señala la necesidad de imponer medidas de facilitación administrativa y de desregulación para facilitar los trámites de operación del comercio exterior.

Estas propuestas son sin lugar a dudas pertinentes y adecuadas, y merecen ser conocidas por un público amplio junto con las sugerencias de políticas de tipo industrial –como el fomento a la innovación– que De la Mora propone para asegurar la creación de cadenas de valor, la sofisticación en los negocios y el desarrollo tecnológico que detonen el efecto multiplicador positivo de la

vinculación de la economía mexicana al exterior. Un aspecto especialmente innovador es que estas recomendaciones fueron preparadas con el propósito específico de que se lleven a cabo en favor de las empresas pymes que como señala De la Mora constituyen más de 95% de los establecimientos en México. Entre estas recomendaciones, cabe destacar la insistencia que se hace en el manuscrito en que se aproveche la experiencia exitosa de programas, como el de Proveedores para la Industria Grande (PDP) en San Luis Potosí, o el de los Centros de Articulación Productiva (CAP) en Baja California; como el Producen, que se orientan a la integración de redes locales de empresas pymes en sectores específicos con perspectivas competitivas y efectos multiplicadores, como el automotriz, electrónico, aeronáutico, aeroespacial o turístico.

En resumen, el libro es una importante aportación al debate sobre el tipo de políticas públicas que habría que seguir para superar la creciente falta de competitividad que aqueja a nuestra economía y cuáles son las fórmulas para aprovechar de mejor manera nuestra inserción en la economía global y sin duda amerita ser conocido por un amplio público en nuestro país.

GUSTAVO VEGA CÁNOVAS

Maria Todorova y Zsuzsa Gille (eds.), *Post-Communist Nostalgia*, Nueva York, Berghahn, 2010, 312 pp.¹

El poscomunismo como objeto de estudio ha producido una bibliografía académica vastísima.² Dentro de ella es común toparse

¹ 2a edición, 2012.

² Por nombrar lo más relevante, Katherine Verdery, *What was Socialism, and What Comes Next?*, Princeton, University Press, 1996; Geremie R. Barmé, *In the Red: on Contemporary Chinese Culture*, Nueva York, Columbia University Press, 1999; Charles King, "Post-Postcommunism: Transition, Comparison, and the End of 'Eastern Europe'", *World Politics*, vol. 53, núm. 1, 2000, pp. 143-172; Chris M. Hann (ed.), *Postsocialism: Ideals, Ideologies and Practices in Eurasia*, Londres, Routledge, 2002; Caroline Humphrey, *The Unmaking of Soviet Life: Everyday Economies after So-*

con la palabra “nostalgia” una y otra vez, aunque sea de forma tangencial. No obstante, es menos común –y más reciente– encontrar enfoques basados directamente en ella para explicar, con base en estudios empíricos, tanto el pasado como el presente en sociedades poscomunistas.³ *Post-Communist Nostalgia* es resultado de una serie de conferencias en la Universidad de Illinois en abril de 2006, que compiló ponencias de académicos de todas partes del mundo que han advertido desde hace al menos una década la constante innegable de la nostalgia por el comunismo en sus respectivos trabajos. Visto en el panorama más amplio de la mencionada bibliografía, este volumen colectivo bien puede fungir como síntesis de los caminos que este fenómeno ha transitado en poco más de veinte años y, sin duda, uno de sus mayores aportes es la difusión de una quincena de investigadores hasta entonces relativamente desconocidos.

De entrada esta nostalgia es cosa curiosa, dado que la normatividad política, mediática y –en menor grado– académica actual

cialism, Ithaca, Cornell University Press, 2002; Vadim Volkov, *Violent Entrepreneurs: The Use of Force in the Making of Russian Capitalism*, Ithaca, Cornell University Press, 2002; Alexei Yurchak, *Everything Was Forever until It Was No More: The Last Soviet Generation*, Princeton, Princeton University Press, 2006; Frances Pine, “Dangerous Modernities? Innovative Technologies and the Unsettling of Agriculture in Rural Poland”, *Critique of Anthropology*, vol. 27, núm. 2, 2007, pp. 183-201; Michael Denison, “The Art of the Impossible: Political Symbolism and the Creation of National Identity and Collective Memory in Post-Soviet Turkmenistan”, *Europe-Asia Studies*, vol. 61, núm. 7, 2009, pp. 1167-1187; Maria Todorova (ed.), *Remembering Communism: Genres of Representation*, Nueva York, Social Science Research Council, 2010; Kristen Ghodsee, *Lost in Transition: Ethnographies of Everyday Life after Communism*, Durham, Duke University Press, 2011.

³ Por ejemplo, Svetlana Boym, *The Future of Nostalgia*, Nueva York, Basic, 2001; Dominic Boyer, “Ostalgie and the Politics of the Future in Eastern Germany”, *Public Culture*, vol. 18, núm. 2, 2006, pp. 361-381; Monica Palmberger, “Nostalgia Matters: Nostalgia for Yugoslavia as Potential Vision for a Better Future”, *Sociologija*, vol. 50, núm. 4, 2008, pp. 355-370; Mitja Velikonja, *Titostalgia—A Study of Nostalgia for Josip Broz, Ljubljana*, Mediawatch, 2008; Mitja Velikonja, “Lost in Transition: Nostalgia for Socialism in Post-socialist Countries”, *East European Politics & Societies*, vol. 23, núm. 4, 2009, pp. 535-551; Agnieszka Pasieka, “Resurrected Pigs, Dyed Foxes and Beloved Cows: Religious Diversity and Nostalgia for Socialism In Rural Poland”, *Journal of Rural Studies*, vol. 28 2012, pp. 72-80.

ha puesto un empeño descomunal en desprestigiar el pasado socialista por dos razones: *a*) la herencia de los prejuicios hacia el bloque comunista durante la Guerra Fría y *b*) la necesidad, fundamentalmente política, de reescribir la historia desde el punto de vista de los vencedores. No es común encontrar, pues, estudios que resalten algún legado del comunismo que pueda tomarse por “públicamente positivo”; en ese tenor, el libro en cuestión es bastante valioso como aproximación tanto a los discursos políticos implícitos del poscomunismo –donde la nostalgia está presente de muchas maneras– como a la vida cotidiana en el antiguo régimen, narrada por sus protagonistas y no por “transitólogos” que ven el pasado comunista como fenómeno homogéneo y que explican –a menudo sin haber visitado jamás estos países– cómo “deben” comportarse sus sociedades.

La nostalgia poscomunista es tan variada como los capítulos del volumen: va desde extrañar la certidumbre de sueldos estables o la seguridad de obtener un hogar y un trabajo, a la pérdida de la idea progresista que conllevaba una orientación de toda actividad humana en el socialismo hacia el futuro. Asimismo, Maria Todorova añade en la introducción que también prevalece el sentimiento nostálgico ante la pérdida de una forma muy específica de sociabilidad –las famosas filas para comprar ciertos productos, por ejemplo, vistas hoy como algo “negativo”– y una vulgarización de la vida cultural.⁴ La nostalgia también se da al rememorar un sentido de pertenencia a Estados de gran relevancia internacional como Yugoslavia y la URSS, donde prevalecía una paz que quedó borrada tras cruentas guerras basadas en el nacionalismo extremo en ambas regiones durante la década de 1990.

Esta nostalgia es relevante porque dice mucho acerca de la sociedad poscomunista y de su antecesora. Stephanie Schwandner-Sievers descubre en su capítulo sobre la memoria en Kosovo que la nostalgia por el socialismo es un tabú en las calles de Pristina,

⁴ “Introduction: From Utopia to Propaganda and Back”, en Maria Todorova y Zsuzsa Gille (eds.), *Post-Communist Nostalgia*, 2a ed., Nueva York, Berghahn, 2012 [en adelante: PCN], p. 7.

mientras que en privado es sumamente ubicua.⁵ Esto sucede por el rechazo natural a ésta desde el nuevo orden liberal, que Oana Popescu-Sandu sintetiza al hablar sobre las direcciones nostálgicas en Rumanía como “orillar a la obsolescencia” el pasado personal de millones de actores, al reducir su asequible melancolía al terreno de lo ridículo.⁶ Un ejemplo de ello es el capítulo 13, donde Fedja Burić relata su encuentro con inmigrantes bosnios en Chicago, quienes recuerdan nostálgicamente el periodo anterior a 1990: “Con Tito florecimos. Obtuvimos nuestra ciudadanía bajo el nombre de “musulmanes” [...] Ahora tenemos una democracia, diez años después de la guerra y ni siquiera puedes dormir tranquilo como musulmán en Srebrenica, ni en Čapljina o Stolac”.⁷ Burić nota que los bosnios recuerdan particularmente de manera positiva a Tito por haber integrado la identidad musulmana en el abanico yugoslavo, algo que las élites en Bosnia reivindicaron durante las Guerras Balcánicas –cuando ser musulmán era ser un “enemigo”– en contraposición a Croacia, por ejemplo.⁸

Un tema interesante es la existencia de la nostalgia desde antes de la caída del “socialismo real”. Todorova afirma, por ejemplo, que en China hoy en día buena parte del campesinado demanda políticas agrarias “comunistas” a un régimen que se jacta de serlo.⁹ Asimismo, en su capítulo, Cristófer Scarboro descubre en archivos búlgaros que la nostalgia se percibía desde antes de 1989 como una forma de recordar el entusiasmo inicial por la revolución socialista e instituciones como las Brigadas Socialistas Humanistas, venidas a menos en las décadas de 1960 y 1970: “Conforme escribo estas líneas, mi mente viaja hacia atrás a los llamados fuertes y

⁵ “Invisible–Inaudible: Albanian Memories of Socialism after the War in Kosovo”, en PCN, pp. 96-112.

⁶ “‘Let’s All Freeze up Until 2100 or So’: Nostalgic Directions in Post-Communist Romania”, en PCN, p. 118.

⁷ Citado en Fedja Burić, “Dwelling on the Ruins of Socialist Yugoslavia: Being Bosnian by Remembering Tito”, en PCN, p. 237. El resto de las citas fueron traducidas por el autor del inglés.

⁸ *Ibid.*, p. 238.

⁹ M. Todorova, art. cit., p. 6. Véase también G. R. Barmé, *op. cit.*, en especial las pp. 316-344.

ardientes de la marcha brigadista: ‘Vengan millares de jóvenes / A nuestro país de esperanza...’. Esta marcha permanece en el corazón de cada brigadista de ese tiempo, ese tiempo fuerte y patriótico, y ahora que la escucho como un maestro retirado, algo me inunda, los más tiernos sentimientos, como una ola de magia”.¹⁰

En el nuevo orden, mucho más que en el viejo, la nostalgia pone en una posición incómoda a los sistemas democrático-liberales y capitalistas de producción que no han brindado los resultados esperados. Desde la introducción del volumen se señalan encuestas recientes que han arrojado números impresionantes: el régimen comunista es preferible al actual en más de 60% en Kazajistán, 27% en Uzbekistán y alrededor de 50% en Tayikistán y Kirguistán, mientras en Europa del Este los números oscilan alrededor de un tercio de la población: 38% en Bulgaria, 36% en Rusia, 31% en Eslovaquia.¹¹ Esto no quiere decir, contrario a quienes podrían ver un “peligro” en ello, que la nostalgia tenga por fuerza que ser idealizada; a veces funge curiosa e implícitamente como soporte del nuevo sistema. En su aportación al volumen, Gerald Creed explica cómo la distribución de productos “retro” –pines socialistas, discos de música soviética, playeras con la imagen de Lenin, restaurantes conceptuales– es, en realidad, una forma en que el nuevo régimen se apropia de la popularidad del antiguo para, de hecho, lograr “la consolidación del capitalismo neoliberal”.¹² Asimismo, Maya Nadkarni, en su apartado sobre la nostalgia en Hungría y su relación con la nueva identidad nacional, subraya cómo el símbolo de la “naranja húngara” del filme *El testigo* (1969) se convirtió en “apreciación nostálgica” de la formulación de la ironía frente al sistema comunista y es utilizado hoy como tal, por ejemplo, por el partido Fidesz.¹³ Dominic

¹⁰ Nadka Slavova, brigadista en 1946-1950; citado en Cristofer Scarboro, “Today’s Unseen Enthusiasm: Communist Nostalgia for Communism [*sic*] in the Socialist Humanist Brigadier Movement”, en PCN, p. 53.

¹¹ M. Todorova, art. cit., p. 12, n. 5.

¹² “Strange Bedfellows: Socialist Nostalgia and Neoliberalism in Bulgaria”, en PCN, p. 42.

¹³ “‘But it’s ours!’: Nostalgia and the Politics of Authenticity in Post-socialist Hungary”, en PCN, pp. 190-214.

Boyer, por su parte, sugiere en un brillante artículo cómo la nostalgia poscomunista sirve a Europa occidental para legitimarse políticamente al señalar cómo no se debe ser (“comunista”); no obstante, al mismo tiempo –y esto es lo más interesante– asegura el predominio “civilizador” histórico de aquélla sobre Europa oriental, pues, si ésta sigue “confinada al pasado”, su contraparte occidental permanecerá indefinidamente como el adalid de la “modernidad”.¹⁴

Destaca el enfoque antropológico de los colaboradores, bajo una fuerte crítica generalizada a explicaciones del poscomunismo que empezaron por elaborar teorías en vez de basarse en estudios empíricos; sobra decir que la antropológica se vuelve una opción sumamente necesaria puesto que, para el teórico o “transitólogo”, la nostalgia por el comunismo ni siquiera puede existir por definición pues es percibida como una “amenaza” para la “estabilidad democrática” y tiende a ignorarse,¹⁵ algo que contradice la enorme propagación del fenómeno. La aproximación empírica del volumen permite una vasta originalidad en tanto que se advierten muy variadas formas de manifestar la nostalgia: narraciones, memorias, mercancías, diversas expresiones artísticas –novelas, arquitectura, cine, música–, lo mismo que discursos políticos. Así, puede encontrarse un capítulo de Daphne Berdahl dedicado a la cinta *Adiós a Lenin* (2003) y la conmoción que causó en la

¹⁴ “From *algos* to *autonomos*. Nostalgic Eastern Europe as Postimperial mania”, en PCN, pp. 17-28.

¹⁵ En esta vertiente de la discusión poscomunista temprana se encuentran Philippe Schmitter y Terry L. Karl, quienes admiten que la receta utilizada para comprender las transiciones a la democracia en la Europa mediterránea y América Latina es también útil a las transiciones desde el comunismo en “The Conceptual Travels of Transitologists and Consolidologists: How Far East Should they Attempt to Go?”, *Slavic Review*, vol. 53, núm. 1, 1994, pp. 173-185; Valerie Bunce, por su parte, sintetiza los caminos de la “transitología” poscomunista en “Rethinking Recent Democratization: Lessons from the Postcommunist Experience”, *World Politics*, vol. 55, núm. 2, 2003, pp. 167-192. Por el contrario, Thomas Carothers señalaba ya en 2002 que lo que él llama “paradigma de la transición” estaba completamente rebasado en “The End of the Transition Paradigm”, *The Journal of Democracy*, vol. 13, núm. 1, 2002, pp. 5-21.

antigua Alemania oriental,¹⁶ otro de Diana Georgescu sobre formulaciones nostálgicas musicales en Rumanía,¹⁷ un tercero de Tania Petrović sobre el recuerdo colectivo de la fraternidad que imprimió en sus miembros el Ejército yugoslavo,¹⁸ uno más de Tim Pilbrow sobre la dignidad que conllevaba ser maestro en la Bulgaria socialista¹⁹ o el apartado de Harriet Murav acerca de dos novelas del escritor ruso Alexander Melijov,²⁰ quien cierra su obra *Expulsión del Edén: confesiones de un judío* (1994) con las siguientes líneas:

Mi Tierra Natal no es Rusia, sino la URSS, es decir, Rusia soviética, la típica imagen de mi niñez, que hace a mi corazón contraerse, que trae desde hace mucho ya lágrimas nada dulces a mis ojos. No se trata de un sauce llorón y no es la orilla curvada a lo largo de un estanque, sino un motor oxidado en un vapor aceitoso, un follaje de verde malaquita desteñido, montones movedizos de piedra triturada, la ensordecedoramente fuerte pista de baile del Parque de la Ciudad... nunca más conocí esa felicidad de la utilidad social.²¹

La crítica más pertinente, me parece, debe orientarse a las ausencias, porque se perciben dos muy claras. La primera es caer por completo en la fuerza gravitacional del eurocentrismo –algo muy característico de la bibliografía sobre la nostalgia por el comunismo– a pesar de que el volumen cuestione nociones de la supuesta superioridad europea. Bajo este enfoque el libro pierde de vista el panorama ampliado del poscomunismo, como si no hubiese existido este sistema político en otras ex repúblicas soviéticas –dentro

¹⁶ “Good bye, Lenin! Aufwiedersehen GDR: On the Social life of Socialism”, en PCN, pp. 177-189.

¹⁷ “‘Ceaușescu hasn’t Died’: Irony as Countermemory in Post-Socialist Romania”, en PCN, pp. 155-176.

¹⁸ “Nostalgia for the JNA? Remembering the Army in the Former Yugoslavia”, en PCN, pp. 61-81.

¹⁹ “Dignity in Transition: History, Teachers, and the Nation-State in Post-1989 Bulgaria”, en PCN, pp. 82-95.

²⁰ Harriet Murav, “Looking Back to the Bright Future: Aleksandr Melikhov’s *Red Zion*”, en PCN, pp. 215-226.

²¹ Citado en *ibid.*, p. 219.

de la misma Europa, el Cáucaso, Asia Central–, en Medio Oriente –Afganistán, Yemen del Sur–, Asia oriental –Mongolia, China, Camboya, Vietnam, Corea del Norte, Laos–, América –Cuba, Granada– y África –Benín, Madagascar, Somalia, Etiopía, Eritrea, Angola, República del Congo, Mozambique–; varios de estos países, además, son gobernados por las mismas élites o por los mismos personajes que han regresado en ocasiones por elección popular. Ante esta evidente tendencia europeísta, el título del volumen bien pudo haber sido desde un principio *Post-Communist nostalgia in Central and Eastern Europe*.

La segunda ausencia, quizás más sorprendente para los estudiosos del fenómeno, es la dimensión político-partidista de la nostalgia por el comunismo, que no es para nada incompatible con el estudio empírico/antropológico. Si bien en cada contribución del volumen se toca la dimensión política del fenómeno, no vendría mal un apartado que indague las causas del éxito medido en votos que reciben partidos sucesores comunistas como el ruso (“Partido Comunista de la Federación Rusa”), el checo (“Partido Comunista de Bohemia y Moravia”) o el alemán (“La Izquierda”), entre otros, que aún poseen programas marxistas-leninistas que prometen la restauración íntegra del antiguo régimen mediante un lenguaje altivo y subversivo para sus sistemas políticos. Más aún, el volumen podría enriquecerse estudiando regímenes políticos que han sido de alguno u otro modo “nostálgicos”, como el de Aleksandr Lukashenko en Bielorrusia, el de Emomali Rahmon en Tayikistán o el de Denis Sassou Nguesso en el Congo, por poner algunos ejemplos.

A pesar de esto, el contenido del volumen es bastante útil como aproximación a la nostalgia por el comunismo y, en especial, sumamente relevante por su carácter desmitificador. El enfoque empírico del mismo permite asir manifestaciones variopintas del fenómeno, así como percibir lógicas mucho más profundas que las de escritos normativos. Éste es quizás su mayor aporte: reforzar una incipiente visión del poscomunismo –y, por ende, del comunismo– que comienza por preguntar, describir y comprender, en vez de buscar ajustar la realidad a un modelo elaborado previamente.

Antoni Segura, *Estados Unidos, el islam y el nuevo orden mundial. De la crisis de los rehenes de 1979 a la primavera árabe*, Madrid, Alianza Editorial, 2013, 376 pp.

Las relaciones entre Estados Unidos y el mundo árabe e islámico son objeto de una amplia reflexión en el nuevo libro del profesor Antoni Segura. Su análisis de este complejo y controvertido escenario tiene como trasfondo los cambios experimentados en la estructura de poder del sistema internacional tras el fin de la Guerra Fría y, en particular, la nueva y difusa vertebración adquirida por los conflictos armados.

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Barcelona, donde dirige el Centro de Estudios Históricos Internacionales (CEHI), el profesor Segura cuenta con una amplia producción bibliográfica en esta materia, entre la que cabe destacar su obra anterior,¹ centrada en explicar la conflictividad internacional, en particular, la protagonizada entre Estados Unidos y una parte del mundo árabe e islámico. Por la temática de la que se ocupa, esta nueva viene a ser –en buena medida– una continuación de aquella.

Pero, a diferencia de su texto anterior, en el nuevo su narración de los hechos y acontecimientos no arranca de las transformaciones registradas en el equilibrio de poder internacional (fin de la Guerra Fría e implosión de la Unión Soviética), sino del regional. En concreto, de la alteración que introdujo la revolución iraní en 1979. Su ruptura de los moldes de la bipolaridad suscitó más incertidumbres que certezas. No menor fueron las alarmas que sonaron en Moscú y Washington, pese a que el nuevo Irán se mostraba distante de ambos epicentros del poder mundial. Sin embargo, su ubicación e importancia geoestratégica y económica no podía pasar desapercibida. Además de estar enclavado en el corazón del Golfo Pérsico, donde se encuentran las mayores reservas mundiales demostradas de energía (en torno a 35% de gas y 65% de petróleo), y con acceso desde su litoral al Estrecho de Ormuz, por donde transita buena parte de estos recursos naturales, Irán compartía

¹ Antoni Segura, *Señores y vasallos del siglo XXI. Una explicación de los conflictos internacionales*, Madrid, Alianza Editorial, 2004.

entonces una larga frontera con la Unión Soviética que –a su vez– abarcaba, junto con el mar Caspio, las regiones del Cáucaso sur y Asia central, con poblaciones de confesión islámica. De ahí que, real o no, el Irán de Jomeini fuera percibido como una amenaza por prácticamente todos los actores, tanto regionales como internacionales.

Desde este prisma, anterior en el tiempo a la caída del Muro de Berlín y la desaparición del llamado bloque del Este, se contemplan las acciones que ambas superpotencias jugarían en el tablero de Oriente Medio, moviendo tanto sus peones regionales como implicándose directamente. Las consecuencias de sus movimientos fueron imprevisibles e indeseadas. Nadie duda hoy del desgaste que supuso para la Unión Soviética su intervención en Afganistán, donde tuvo su propio Vietnam, como señaló en su momento Zbigniew Brzezinski, entonces Consejero de Seguridad en la administración Carter (1977-1981).

Del mismo modo, tampoco cabe albergar dudas respecto a las consecuencias de la política estadounidense en la región, que se cobró una doble vertiente. Primero, siguiendo la lógica perversa del “enemigo de mi enemigo es mi amigo (o, en su caso, aliado)”, apoyó a una amalgama de *muyahidines* afganos frente a la invasión soviética, retroalimentado un potencial enemigo que no tardaría mucho en volverse en contra; y, en particular, sembró las semillas del futuro terror que alcanzó dramáticamente a los propios Estados Unidos en el plazo de dos décadas. Y segundo, reproduciendo la misma lógica, alentó al Iraq de Saddam Hussein a atacar a Irán. Junto a sus temores de que la población iraquí de origen chiita (60% aproximadamente) se hiciera eco de las proclamas de la revolución iraní (de origen igualmente chiita), no menos impulso cobró su avidez en articularse como una potencia regional. En su aliento bélico, Washington contó con el apoyo entusiasta de las petromonarquías del Golfo, que sufragaron una parte de la factura al prolongarse inesperadamente la confrontación interestatal irano-iraquí (1980-1988). Otra parte de la cuenta, considerada impagada por Bagdad, la intentó cobrar el propio Saddam con su invasión de Kuwait una vez finalizada la guerra, en agosto de 1990.

De la lectura de los capítulos dedicados a Afganistán (que incluye la evolución del terrorismo de Al-Qaeda) y a Iraq se puede extraer la siguiente conclusión: que desde la revolución iraní Estados Unidos ha intentado resolver sus desaguisados en Oriente Medio cometiendo otros mayores. El caso más evidente fue su intervención en Iraq, tema al que el autor dedicó una obra anterior.² Una década después el balance no es precisamente positivo. Sus ingentes costes han recaído principalmente sobre el conjunto de la sociedad iraquí. A su vez, el desmantelamiento de su Estado (no sólo del régimen) produjo un significativo vacío de poder que, entre otros aspectos, acentuó las diferencias étnicas y confesionales; atrajo y reclutó a miembros de la red terrorista de Al-Qaeda; y otorgó a Irán una mayor proyección de su poder e influencia regional, desde Teherán hasta Beirut, pasando por Bagdad y Damasco.

Paralelamente a los nuevos equilibrios de poder en la región, Antoni Segura reflexiona sobre los producidos en el sistema internacional de la posguerra fría. La caída del bloque soviético dejó a Estados Unidos con un poder sin parangón en la historia. La gestión de esa “ilusión” o “momento unipolar”³ varió significativamente de la administración de Bill Clinton (1993-2001) a la de George W. Bush (2001-2009). Mientras la presidencia de Clinton estuvo centrada en los dividendos de la paz con la expansión de la globalización económica de corte neoliberal, con prácticas de “multilateralismo consultivo” y con una dosificada combinación de *poder duro* y *blando*, la administración neoconservadora se caracterizó –salvo en su visión económica– justo por lo contrario: el unilateralismo; la sobre-expansión imperial o *imperial overstretch*;⁴ el uso abusivo y contraproducente de su *poder duro* (militar) en detrimento de su *poder blando*; y la introducción del concepto de ataque (léase *guerra*) preventivo, que alteraba la doctrina de seguridad internacional que el mismo Estados Unidos había contribuido decisivamente a construir después de la Segunda Guerra Mundial.

² Antoni Segura, *Irak en la encrucijada*, Barcelona, RBA, 2003.

³ Charles Krauthammer, “The Unipolar Moment”, *Foreign Affairs*, vol. 70, núm. 1, 1990/1991, pp. 23-33.

⁴ Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Plaza & Janes-Cambio16, 1989.

En teoría, el punto de inflexión que marcó la diferencia entre una y otra administración fueron los dramáticos acontecimientos del 11-S. Sin embargo, una mirada más detenida fija el contraste en sus formas opuestas de gestionar la crisis, responder a las amenazas y, en particular, conducir su supremacía geoestratégica. Además de las mencionadas diferencias en las formas (con la combinación adecuada de *poder duro* y *blando*), la administración demócrata era igualmente partidaria de prolongar la supremacía estadounidense. Pero al mismo tiempo era consciente de la creciente tendencia a la multipolaridad del sistema internacional, debido tanto a la propia complejidad del poder con su deriva tridimensional: militar, económica y transnacional,⁵ como por el auge de los otros, en concreto, los BRIC (Brasil, Rusia, la India y China), que acortaban las distancias con Estados Unidos.⁶ Por el contrario, los neoconservadores no se contentaban sólo con alargar en el tiempo la supremacía estadounidense, sino que eran decididos partidarios de consolidarla. Su agenda hegemónica, por muy benevolente que se proyectara, era percibida como una evidente amenaza de dominio que, a diferencia del liderazgo, carecía de “consentimiento y legitimidad”.⁷

Junto a un repaso de las alianzas internacionales de los Estados árabes con las superpotencias durante la etapa de la Guerra Fría, que reflejaba la divisoria bipolar en dicho mundo, Antoni Segura se adentra en la denominada *primavera árabe*. Considera que el nuevo ciclo político inaugurado no se explica sólo por unos determinados factores (cohorte de edad, urbanización, desigualdad o, entre otros, nuevas tecnologías). Por el contrario, parte de una visión más plural o multicausal. En casi todos los países existían (existen) razones para la sublevación. Aunque variaban las coyunturas de un país a otro, también compartían el autoritarismo, las vejaciones, la represión, la desigualdad, la injusticia social, junto a una prolongada historia de agravios y opresión.

⁵ Joseph S. Nye, *La paradoja del poder norteamericano*, Madrid, Tecnos, 2003.

⁶ Fareed Zakaria, *El mundo después de USA*, Madrid, Espasa, 2009.

⁷ Zbigniew Brzezinski, *El dilema de EE. UU.: ¿dominación global o liderazgo global?*, Barcelona, Paidós, 2005.

Pero no menos importante ha sido, en este sentido, las historias de lucha que se han ido forjando sobre una amplia base de experiencias, un bagaje de resistencia, de formación de movimientos sociales y, en suma, de un emergente tejido social asociativo.⁸ Frente a las penurias y los deseos de cambio, la respuesta que obtuvieron fue la cerrazón de sus regímenes políticos, que, lejos de cualquier apertura, han pretendido sucederse en el poder, tanto en las monarquías como en las repúblicas.

Como observación, cabe señalar que el autor, al igual que otros que han tratado el tema, tiende a emplear indistintamente los términos *revolución* y *revuelta*. Sin embargo, son conceptos que implican grados diferentes en el alcance del cambio político. La revolución supone una transformación del sistema político (no un mero descabezamiento), pero éste no ha sido el caso en todos los supuestos que envuelve la denominada *primavera árabe*. Por citar un ejemplo, no se puede hablar de revolución en Yemen, aunque cabe aceptar su uso en el caso de Túnez. De hecho, el autor es consciente de la “heterogeneidad” del proceso iniciado: “que tomará caminos diferentes según las particularidades, el contexto y la correlación de fuerzas en cada caso concreto” (p. 263).

Por último, el profesor Segura se adentra en el debate sobre la conflictividad en la posguerra fría. Lo abordó también en su obra anterior, en la que partía de una perspectiva de base materialista en contraste con la deriva culturalista y esencialista sostenida por Samuel P. Huntington,⁹ que remitía los conflictos a la mera diferencia cultural o religiosa. No por ello deja de reconocer el autor la enorme complejidad que implica la resolución de conflictos con un fuerte componente identitario, ya sea étnico o confesional (el caso sirio es un ejemplo dramático, sin olvidar las injerencias externas).

En suma, estamos ante una obra abierta, que no concluye por cuanto su objeto de estudio está en plena transformación. El ciclo político iniciado por la *primavera árabe* se encuentra en estado

⁸ Ignacio Álvarez-Ossorio (ed.), *Sociedad civil y contestación política en Oriente Medio y Norte de África*, Barcelona, CIDOB, 2013.

⁹ Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997.

efervescente. Lejos de concluir, todavía se esperan algunas mudanzas en el orden interno y, por extensión, también en el regional. Tampoco cabe olvidar que no han concluido los cambios operados en la estructura de poder del sistema internacional iniciados tras el fin de la Guerra Fría, con sus nuevos equilibrios; y, en particular, los que muy probablemente derivarán de la nueva fase de expansión neoliberal a lomos de la actual crisis financiera y económica.

JOSÉ ABU-TARBUSH